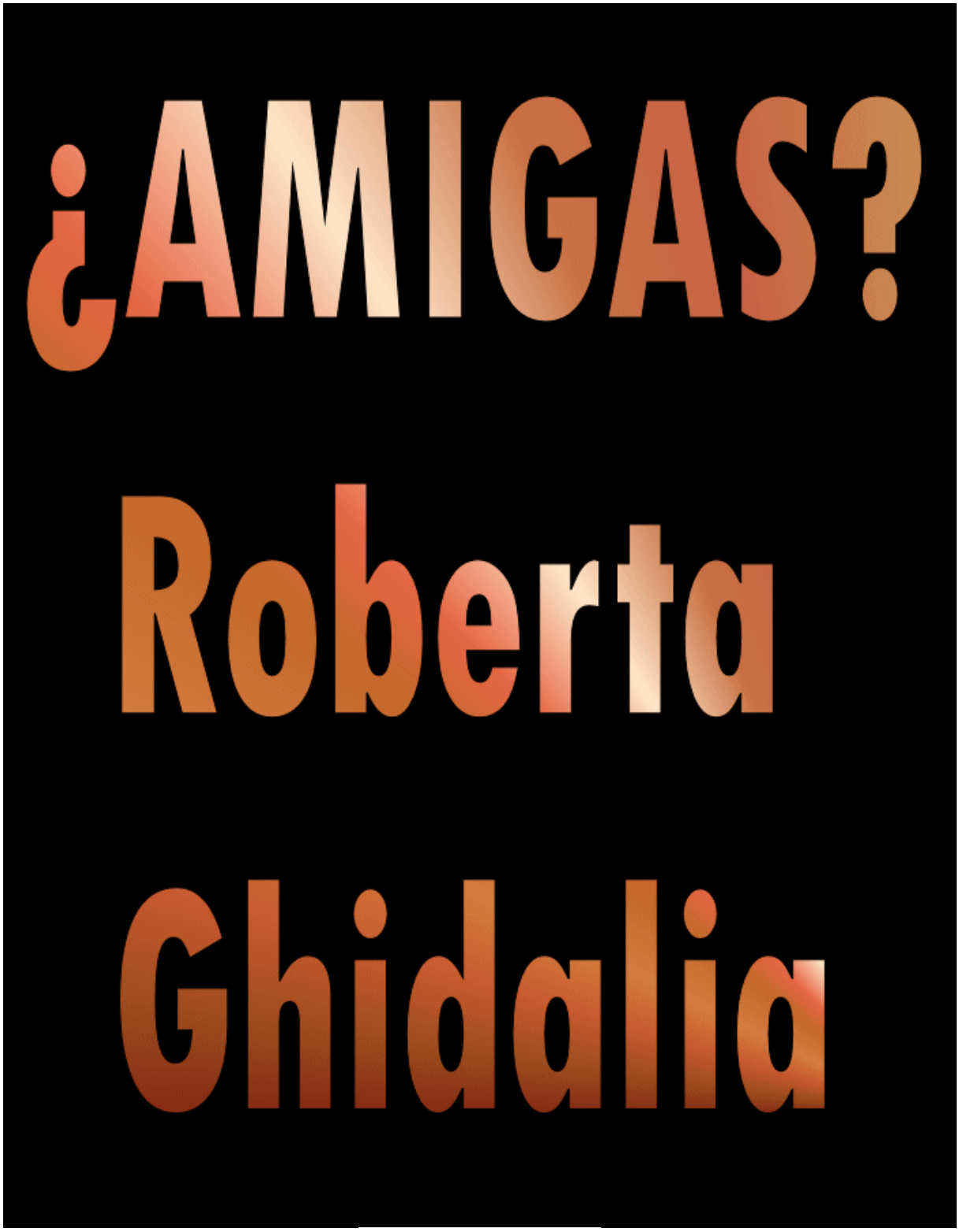
¿AMIGAS?
Roberta Ghidalia



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

—Aquí, aquí, gatita, aquí minina; ven, ven, por favor —llamaba en tono de súplica una vocecita.

Hacía semanas que Dorrie observaba a la gata propiedad de la vieja vecina. Dorrie se fijaba en que parecía más flaca a cada día que pasaba, y se preguntaba *la* causa.

Aquella tarde guardó un trozo del pescado que le habían dado para comer, y ahora estiraba la mano, con el pescado, y empezaba de nuevo:

—Gatita; aquí, gatita bonita, aquí —llamaba.

La gata permanecía indiferente, ignorando por completo las zalamerías de la niña.

La chiquilla miró a su alrededor, y cuando estuvo segura de que su madre no podía oírla, gritó un poco más fuerte:

—Aquí, gatita, gatita, minina preciosa... ¿No quieres venir?

Su madre la regañaba con frecuencia por aquel capricho suyo de querer mimar animales extraviados que encontraba por la calle. Pero aquella gata no andaba extraviada. Pertenecía a la viejecita mistress Stubbs, que vivía en la desvencijada casa de al lado. Aunque flaca y sucia, la lamentable criatura conservaba sus aires arrogantes y sus gentiles actitudes. Pero mientras se preparaba desdeñosamente a asumir una nueva postura y continuar ignorando las súplicas de la niña, volvió la cabeza y echó una mirada en dirección a Dorrie. Esto obró el milagro. La gata percibió el delicioso aroma del pescado, y su aire de indiferencia se desvaneció al momento. La gata se puso a cruzar el patio en dirección a la pequeña Dorrie, aunque despacio, siempre muy despacio.

Por su parte, la niña, continuaba con sus exhortaciones, sintiéndose más y más excitada a medida que el animalito se le iba acercando.

«¡Vaya niñita preciosa! —pensaba Sassy, la gata—. Es raro que no me hubiese fijado nunca en ella; aunque lo cierto es que hasta este momento nunca me han interesado demasiado los niños.»

La gata continuaba acercándose a la niña con cautela, como recelando alguna treta.

«¡Oh, qué hermosa es! —pensaba Dorrie, en cuya opinión influía bastante el sentimiento—. ¡Qué graciosa y arrogante! ¡Ojalá mi madre comprendiera lo que me inspiran los animales! Bueno —musitó la niña—, quizá algún día lo comprenda.»

Entretanto la gata se acercaba más y más, y pronto estuvo a los pies de la silla de Dorrie, levantando hacia la niña una mirada inquisitiva.

A Dorrie le costaba un esfuerzo enorme el no ponerse a gritar de alegría; pero como este proceder sólo habría servido para que su madre acudiese corriendo, además de que, seguramente, habría asustado a la gata, permaneció callada. Y esta paciencia recibió una generosa recompensa, según su modo de ver. De un solo brinco, Sassy se le subió al regazo, haciendo pasar la mirada de sus verdes ojos de la faz de la niña al pedazo de pescado. La niña adelantó pausadamente la mano, mientras la gata evaluaba la situación. Dos olisqueadas, un estirón del cuello, y el pescado desapareció. Pero la gata no. Se quedó sentada allí, mirando a la niña, su bienhechora, con ojos de adoración.

Dorrie permanecía muy quieta, para no molestar al animal. Titubeando, levantó una mano y se puso a acariciarle la cabeza. ¿Qué era aquel ruido que oía? Un ronroneo lento y que aumentaba poco a poco, salido de la garganta de la gata. Sí, la gata ronroneaba. Sea cual fuere el equivalente humano del ronroneo, Dorrie compartía el placer del animalito. Niña y gata se miraban de hito en hito, amorosamente, y ninguna de ambas recordaba haberse sentido tan a gusto en toda la vida.

Hasta entonces, Sassy nunca había sido objeto del cariño de un ser humano, ni Dorrie había recibido el de un animal. Así pues, ambas pasaron unos momentos como suspendidas en el tiempo. Cada una se empapaba de la maravilla de la nueva relación establecida entre ambas.

Sassy, la gata, espíritu independiente que había de pagar con creces lo poco que recibía de su dueña.

Dorrie, la niña, completamente dependiente, aprisionada en una silla de ruedas, y habiendo de confiar en su madre para todo.

A pesar de lo ilógico e improbable que era, aquellos dos seres se sentían recíprocamente atraídos, como por una fuerza magnética.

Dorrie dejó unos momentos de acariciar la cabeza de la gata, y ésta se puso a lamerle la cara. ¡Qué sensación tan deliciosamente rara la de aquella lengüecita rasposa correspondiendo a su gesto de afecto! La gata se interrumpió bruscamente y levantó una mirada conmovedora hacia la niña.

—¿Amigas? —preguntó Dorrie, casi tartamudeando, a la gata.

—Meurr —respondió la gata.

—¡Dorrie! —La madre salía de casa precipitadamente, gritando—. ¿Qué haces con esa gata?

—Oh, madre, por favor, no la eches. Déjame tenerla. La vieja bruja de la casa de al lado no la quiere, en realidad. Mírala qué flaca está. Por favor, por favor, déjeme que me la quede, y... y te prometo que en adelante siempre seré muy buena —suplicaba la pequeña.

Una larga mirada se cruzó entre Sassy, que atisbaba desde debajo de la silla de Dorrie, donde se había refugiado, y la madre de la niña. De súbito, la revulsión inicial que la madre había sentido a la vista de la sucia bestezuela se convirtió en compasión.

«¡Vaya, si la pobrecilla no es más que piel y huesos! —pensó la mujer—. Parece más muerta que viva. Toda persona *capaz* de tratar así a un animal ha de ser realmente una bruja.»

—Dorrie, no sé qué decirte; he de consultar a mistress Stubbs primero —se sorprendió diciendo la buena mujer.

«¿Qué me ha pasado? —se preguntaba la niña—. Hasta hoy, los animales no me habían inspirado ningún sentimiento, y de súbito me consumo de piedad por esta gata.»

Revolviéndose entre muy confusos sentimientos, la madre dejó a las amigas recientes en el porche y cruzó el patio en dirección a la casa vecina.

«¡Qué desorden! —pensó para sus adentros, al atravesar vivamente la maraña de hierbas y hierbajos excesivamente crecidos del patio de la vecina y acercarse a la destartalada casa vieja—. Vaya, si en cierto modo hasta parece la casa de una bruja.»

—Mistress Stubbs —gritó, dando unos golpecitos leves en la puerta, que colgaba desmañadamente de los goznes.

—¡Eh! ¿Quién hay? —preguntó una voz desde dentro.

—Su vecina; abra, por favor. Quisiera hablar con usted en relación a su gata.

La puerta se abrió una rendija, dejando a la vista, solamente la cabeza de la anciana.

—Bueno, ¿qué ha hecho ahora esa diabólica criatura? —preguntó la vieja, frunciendo el ceño grotescamente.

—No, no es eso. Lo único que ha hecho, que yo sepa, ha sido cautivar por completo a mi hija, hasta el punto de que nos gustaría quedarnos la gata, si usted lo permite.

—Je–je–je–je–je —cacareó la vieja—. De modo que la preciosa invalidita de su hija quiere mi gata, ¿no es cierto? Pues, bueno, quédensela, y que les vaya bien. Es un mal bicho, se lo aseguro. Fíjese en lo que le digo. Esa gata es el demonio. Traerá la desgracia a cualquier parte que vaya; no falla, ha de traerla.

—Gracias, mistress Stubbs, la cuidaremos bien.

—Mejor será, si no quieren verse en conflictos. Y otra cosa todavía; cuiden de que en lo sucesivo no *aparezca* por aquí. Si la cojo por aquí de nuevo, la mataré —chilló la vieja hechicera, cerrando la puerta tras esta advertencia.

«Bruja vieja y tonta —pensó la madre de Dorrie—. Imagínate ¡atribuir poderes diabólicos a la gata! Cuentos de viejas, he ahí el resumen de sus estupideces.»

Después de lo cual, Sassy recibió, efectivamente, excelentes cuidados de Dorrie y de su madre. Y se convirtió en la hermosa criatura que la niña había imaginado desde el principio. El demacrado cuerpo se le llenó, y su pelaje brillaba a la luz del sol.

Dorrie se quedó pasmada por el súbito cambio de sentimientos de su madre; pero estaba demasiado ocupada sintiéndose feliz con el animalito querido que había anhelado durante tanto tiempo para enfrascarse demasiado en aquella transformación.

Una y otra vez, niña y gata celebraban el ritual del primer día.

—¿Amigas? —le decía la niña a la gata.

—Meurr —contestaba la gata, como para reafirmar el lazo que existía entre ellas.

Cada vez que la madre de Dorrie encontraba a mistress Stubbs, la vieja regañona reiteraba el consejo acerca de la maldad de la gata y de que la tuvieran alejada de su casa, la casa de su antigua dueña, bajo amenaza de matar al querido animalito.

Dorrie y Sassy eran inseparables. El ser humano y el ser animal intimaban más y más. La madre pensaba alguna vez en aquellas relaciones; pero desterraba las cavilaciones de la mente al ver cuán lozana se ponía la niña y que parecía más sana y dichosa que antes.

—Nunca entenderé los prejuicios y el odio de aquella vieja bruja contra una gata inofensiva como Sassy —murmuraba.

Una noche, a los tres meses, aproximadamente de haber venido Sassy a vivir con Dorrie, ocurrió un hecho curioso.

La puerta trasera de la casa de Dorrie se abrió cuando ya hubiera debido hacer mucho rato que todo el mundo estuviera durmiendo. Y salió

Sassy. Siguiéndola de cerca por la rampa, a la luz de la luna llena, iba Dorrie en su silla de ruedas.

Con gran cuidado y con una falta de dificultades sorprendente, se encaminaron hacia la vieja casa vecina.

Llegadas a su destino, Sassy saltó, ligera, al alféizar de una ventana abierta y penetró en el edificio. Habiendo vivido tanto tiempo allí, había aprendido tiempo atrás la manera de saltar a la puerta y soltar el cerrojo; cosa que hizo prestamente, para dar paso a Dorrie.

Sorprendieron a mistress Stubbs en el dormitorio del primer piso, donde Sassy sabía que dormía.

La anciana saltó de la cama y se puso a correr por el cuarto, gritando:

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué queréis?

La anciana se detuvo en el centro de la habitación, para recobrar el aliento.

Dorrie emprendió la carrera, como tomando el mando, e hizo rodar la silla, con toda su fuerza, contra la anciana. Mistress Stubbs, cogida de sorpresa por la fuerza casi sobrenatural del empujón, se tambaleó y cayó, dando de cabeza contra el hogar de piedra. Y permaneció inmóvil en el suelo. Tenía la muerte pintada en la cara.

Más tarde, en el cuarto de Dorrie, Sassy se había sentado una vez más en el regazo de la niña, y ambas celebraban el viejo ritual. En éste se había introducido un entendimiento nuevo y extraño, una transferencia de almas.

—¿Amigas? —preguntaba Sassy.

—Meurr —respondía *la niña.*